

Carmen Naranjo Coto



Cinco
temas
en busca de un
pensador

EDITORIAL
UCR

Cinco
temas
en busca de un
pensador

Cinco temas en busca de un pensador

Carmen Naranjo Coto



EDITORIAL
UCR
2018

864.4
N218c

Naranjo Coto, Carmen, 1928-2012
Cinco temas en busca de un pensador /
Carmen Naranjo Coto. –1ª. ed.– Costa Rica:
Edit. UCR, 2018.
xxv, 80 p.: il.
ISBN 978-9968-46-713-1

1. ENSAYOS COSTARRICENSES.
I. Título.

CIP/3265
CC.SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 1977, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. Publicada en *Colección Pensamiento Costarricense*.
Segunda edición: 1989, Editorial Costa Rica.
Primera edición: 2018, Editorial Universidad de Costa Rica.

Editorial UCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

En esta edición se respeta el estilo de la autora y la ortografía de la época.

Corrección filológica: *Euclides Hernández P.* • Revisión de pruebas: *Sofía Conejo A.*
Diseño interno, diagramación y control de calidad: *Everlyn Sanabria R.* • Diseño de portada: *Boris Valverde G.*
Ilustración de portada: *Ventana del abismo; Año 1986; Autora: Carmen Naranjo Coto; Tamaño de la obra: 5,25 x 8,25 pulgadas.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: Agosto, 2018.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.



CONTENIDO

Prólogo	ix
Introducción	xxi
Ahí vamos... ..	1
Qué le vamos a hacer	13
A mí qué me importa	27
De por sí... ..	41
Idiay	53
Final I	65
II	71
III	75
Acerca de la autora	79



AHÍ VAMOS...

*... y toda frase hecha significó alguna vez,
algo estrechamente relacionado con alguna
experiencia humana.*

Toda pasión concluida,
de Victoria Sacheville-West



Un hombre pregunta a otro:
¿Qué tal?

Una pregunta elíptica, individual, directa, hecha viendo a los ojos y esperando el movimiento de la respuesta, casi adivinando cuál será, porque la pregunta está en parte contestada en la lectura de los rasgos y en el registro de las impresiones. En el intermedio de la pregunta, un intermedio instantáneo, se sabe ya la respuesta dentro de un pensamiento oculto por prudencia, por cortesía, por respeto, por simple pereza o porque es costumbre esconder algo de lo que se está pensando.

El otro contesta:

Ahí vamos. No dice: *ahí voy.* Tampoco *aquí voy.*

Proyecta en un punto lejano, sin señalar, la ubicación de su camino. Un punto impreciso, porque no es el aquí, en donde está. Es algo que sin ser muy lejano, tampoco pertenece a su presente circunstancial. Definitivamente está ajeno al momento.

Ahí vamos Vamos porque no se anda solo y el hombre más abandonado responde vamos, porque incluye a su soledad como compañía o porque esa soledad no existe y cada uno vive desdoblado en el usted y el yo, un poco similar al lenguaje de los locos, quienes ventajosamente se señalan como usted, quizás aterrados del sentimiento de unidad. Responde el otro *ahí vamos.*

El yo está convertido en nosotros. Nos hemos hecho colectivos como los locos, y es que hay cierta locura en el desdoblamiento de uno mismo y en el fluir hacia los demás, que cada ser concibe como un propósito fácil de colmar. Ante los grandes hechos de la vida, cualquier llamada es un voy, el verbo en la soledad absoluta.

En el *ahí vamos* nos hemos dispersado, nos hemos librado del terreno de la unidad aislante. En el nosotros damos cabida a la familia, al amigo, al jefe, al compañero, al hombre anónimo con quien nos rozamos en la calle o personalizamos la soledad y marchamos con ella. Indiscutiblemente, el pronombre *nosotros* es el más amplio y el que nos incluye con el resto de la humanidad. Es la integración del yo y los otros, es el todo del conjunto humano.

• • •

Esta pérdida de la individualidad, este sujeto plural, esta semejanza con el semejante, esconden más de una idea sin pensador.

Ahí vamos conlleva un ritmo de andanza conformista, un paso de soportamiento, una marcha al compás del movimiento lógico del mundo. Entonces la expresión toma un matiz metafórico y se siente que el hombre se mueve con la respiración natural de los movimientos normales, amanece con el día, anochece con la noche, recoge el giro del sol, avanza por las estaciones con que el tiempo pinta en la naturaleza las señales típicas de su poderío y distrae la repetición de los registros mecánicos; hasta se da el lujo de retrasarse o adelantarse.

Camina el hombre con el *ahí vamos* al paso acompasado del que entró en el círculo, aprendió a beber el licor del movimiento y embriagado en el giro de lo siempre igual,

continúa, continúa, continúa hasta ser ya no más cansancio. El *ahí vamos* tiene un ritmo de canción, de sonsonete, de amén. Vamos todos y al ritmo en que van todos, voy yo también; es decir soy humano y soy parte de la humanidad, algo de la actualización constante del axioma de Protágoras: *el hombre es la medida de todas las cosas*, que en definitiva es el reconocimiento de que nada humano me es ajeno, o la confirmación de: *yo soy yo y mi circunstancia*, que en el fondo más que el apoyo individual contiene la esencia masiva del individuo, el consuelo rotundo en la esfera de la soledad, el espejo en que es hombre como idea y comparte en la abstracción el destino de los demás hombres, porque hay un principio básico de igualdad o por lo menos de semejanza.

• • •

Se tiene entonces que en el *ahí vamos*, el hombre toma conciencia de su ser colectivo y se integra al ritmo del mundo. No se contesta al *¿qué tal?*, con una duda o con una negación. La respuesta es concreta: *ahí vamos*.

No creo que un hombre cuerdo haya dicho jamás: *ahí no vamos*, como respuesta a su situación específica de estar, o sea a la que se refiere en sí la pregunta. Tampoco creo que un hombre no cuerdo, un desequilibrado, tenga la suficiente perspicacia para decir *ahí no vamos*, porque sería comprender que no está integrado a la humanidad, y tanta luz es inaudita en el grado de penumbra en que esté sumergido. Igualmente, no existe el *tal vez ahí vamos*. Sí cabría en un momento especial de duda, depresión o análisis, responder *más o menos ahí vamos* o *ahí vamos más o menos*. Sin embargo, estos adverbios cuantificativos se convierten en instrumentos de intensidad, para calificar siempre al hecho de ir.

Con el *más o menos* se abre el panorama de cierto cansancio o de algún extravío o por lo menos de un ritmo que mantiene con gran esfuerzo el vamos. En otras palabras, no se niega la andanza ni el hecho de ir, se califica el cómo se va; no hay duda ni negación. El hombre contesta afirmativamente y deja ver un poco de su esfuerzo y del esfuerzo de los demás, casi cristianamente responde, pues está reconociendo que la vida es dura pero se soporta, que el mundo es una etapa transitoria y se anda, que el día es superable pero el tiempo acaba por vencer. Vamos superando obstáculos, sobrellevando la carga, afrontando los peligros, venciendo los cansancios. Vamos.

• • •

Ritmo y conciencia hay en una expresión tan sencilla como la de *ahí vamos*. Pero todavía hay más. Debe de observarse que no se va como un gesto trascendente, porque no se dice *vamos hacia allí*, sino *ahí vamos*.

Sin estar en un lugar determinado y trasladarse a otro, simplemente caminando, marchando, carente de metas porque en forma básica lo que se está haciendo es soportando.

Entonces, el vamos, un verbo tan activo como el ir, bajo este pronombre de nosotros en que nos sumergimos en el todo como un ser más, este anonimato que adoptamos para nuestros gestos comunes, lo que no exige individualización, se convierte en su presente circulante en un estatismo de movimiento previsto. Conviene detenerse un poco en estos conceptos. El hombre no usa el *nosotros* para pedir, desear, reclamar, querer, o sea en las acciones que le son propias como individuo, y si lo llega a usar lo hace como pretexto, como fácil o disimulado escondite. No se dice —salvo en la esfera de esa masificación voluntaria en que nos hacemos familia, grupo, país, para obtener ventaja

ante la verdad rotunda de la soledad—, *nosotros queremos*. Eso es muy vago sin el respaldo real de un grupo ante un reclamo o una acción conjunta.

Frente al perfil de uno mismo, se exclama *yo quiero*. Por supuesto se quiere algo, el querer siempre es trascendente, indica verdadera acción, transitar de un estado a otro, por lo tanto expresa movimiento, acción verdadera, aun cuando solo se quiera morir o estar solo, deseo este último plenamente metafórico porque la soledad es algo congénito al hombre y únicamente no se está solo cuando se ha roto la unidad de cada uno por un acto de amor verdadero, oportunidad en que se da el caso milagroso de la unidad desdoblada.

En el *ahí vamos* no hay trascendencia, no hay meta, es el estar entero en un movimiento lento y armónico, que a su vez puede ser complejo y esforzado, pero que significa en todo caso un estatismo.

• • •

El ahí no es un lugar visible, es un sitio disperso que no está aquí ni allá, que no se desea localizar porque es evidente, es el camino común, es el círculo del que no se sale, el día infinitamente igual, la repetición de costumbres, la imagen cinematográfica de lo corriente sin novedad, sin sorpresa, el destino masificado que sintetiza una frase de la Biblia:

y pasa la vida como un juego de palabras.

El hombre pregunta *¿qué tal?* y el otro contesta *ahí vamos*. No ha dicho estoy haciendo algo, no ha contestado que planea cambiar en una dirección u otra, solo afirma que *ahí* está casi estáticamente andando. Y, ¿a dónde va?

¿Hacia qué sitio marcha? El *ahí vamos* es una oración incompleta, por lo tanto trágica.

El hombre en su respuesta, que es elíptica, reconoce en el silencio de su parte final que va con todos los demás hacia la muerte, que muchos podrán pensar en la puerta definitiva de la presentación ante Dios, el camino del conocimiento divino.

• • •

Nostálgica expresión, melancólico resumen, triste panorama o escondido terror de hablar de sí mismo.

Ahí vamos conviviendo el momento, agarrándonos al tiempo, uniéndonos a los demás, marchando conformes con un ritmo ya hecho, adaptando el paso en el desfile y básicamente esperando lo definitivamente destinado. Y en la expresión hay armonía humana porque se tiene conciencia del rebaño, del destino, de la libertad simulada, del camino corto o largo por el que se avanza, de la realidad presente en el tiempo.

• • •

La pregunta a hacerse es si al decir *ahí vamos*, algo de lo permanentemente rebelde del hombre se alza en su respuesta. Podría suceder, ¿por qué no?

Bien cabe comprender que en esa expresión se afirma la existencia frente a todos los lineamientos y se expresa con orgullo todavía estamos, aún no nos han vencido, ahí vamos, estamos dentro del círculo de la vida, somos aún pasajeros, caminantes, no nos han desplazado, permanecemos. Y esta palabra permanecer es la que más similitud tiene con el *ahí vamos*.

La rebeldía se alza bajo el tono de la resignación, porque se dice sin agonía, no hay asomo de lucha, pareciera que la consigna es estar sin crecer.

• • •

En nuestro medio el *ahí vamos* tiene un espíritu sumamente individual, pues el sujeto no se hace colectivo con la humanidad. Para el costarricense la humanidad como abstracción es un concepto que le interesa en cuanto se relaciona con él. La gran mayoría ve los acontecimientos en otros países como meras referencias o noticias, que lo conmueven en el tanto que lo puedan afectar en su futuro como hombre, es decir como posibilidad de que a él o a los suyos le hubiera sucedido lo que ha pasado en otro sitio.

Su humanidad, como para todos los demás hombres limitados en su visión, es la circunstancia que los liga a los suyos y los suyos son unos pocos: familiares y amigos. Tampoco se va con el país, que por lo general se vuelve un concepto abstracto y se convierte en el punto de su asiento, que afirma el localismo, el medio más próximo a las inquietudes, bien forradas de intereses y prejuicios, de egoísmos y disimulos. Y este hombre va con el país cuando su marcha se asemeja a su propia situación. Entonces, dice:

*estoy tan mal como el país o tan pobre como la patria
o estoy peor que Costa Rica.*

La similitud buscada no es nunca una tendencia a la bonanza, sino al malestar. Nos hemos acostumbrado por la semejanza que hacemos entre país y gobierno, a afirmar casi siempre su pobreza, su limitada posibilidad, su pequeñez. Es tan aguda esta semejanza, que un gobierno

enemigo o ajeno a las simpatías políticas, hace extraño e indiferente al país.

El costarricense empieza a referirse a su tierra como si se alegrara de sus signos de derrota. Además, nuestra visión del país es siempre pesimista. *Aquí no se puede hacer eso*, es un comentario muy corriente y por excelencia derrotista, es el reconocimiento y la conformidad con la limitación, es la circunstancia negativa ante cualquier intento. Antes de la acción, ya nos sentimos fracasados. Nos asustamos del esfuerzo y del ridículo porque ambos exigen superación y fuerza interior, romper la corriente y marchar contra ella.

• • •

En el *ahí vamos*, el costarricense se esconde un poco, guarda su intimidad o se avergüenza de ella, afirma su poder de aguante, su casi resignación a las circunstancias y en mínima parte enseña su débil rebeldía al acomodarse porque sabe que espera, sueña y anhela el acomodo.

La respuesta es inerte en muchas ocasiones, vacía como esas sonrisas tristes que se olvidan de pronto ante el acierto de un chiste. Y en esa frase de respuesta, si bien no hay testimonio de una meta, se evidencia el terror a la muerte, cuyo acontecer siempre igual no evita el hondo miedo al trance.

• • •

El costarricense tiene miedo de morir y en el *ahí vamos* reconoce su tránsito mortal.

Nuestro pueblo no hace bromas con el morir, no juega con los símbolos de los difuntos, respeta los cementerios, se conmueve el día de los muertos, guarda todos los ritos necrológicos con las ceremonias necesarias, comenta con

horror los accidentes, se satura de medicina preventiva y se caracteriza por ser consumidor de fetiches que puedan resguardar su salud. Es más, en nuestro medio uno de los profesionales más estimados es el médico, especie de ángel de la guarda práctico contra la muerte. Al médico no se le ve como a otro profesional, se le aprecia y se le distingue, casi se le mima como a un ser extraordinario cuando sobresale en su ejercicio y se tiende a llevarlo a puestos ajenos a su capacidad.

• • •

Este miedo tan marcado en nuestro pueblo se evidencia aún más con los comentarios morbosos sobre las enfermedades y el interés en conocer los detalles, de cualquier muerte.

Cuando un relator abarca el tema de una agonía o de un padecimiento largo y complicado, los oyentes quedan embelesados y nadie se atreve a interrumpirlo, pendientes todos de los últimos detalles, del descubrimiento desenmascarado de actitudes ante la muerte. Es muy frecuente la pregunta: ¿quiénes están enfermos? Luego, el ¿qué tiene?, ¿de qué padece? Y en cada costarricense pareciera que hay una tendencia muy marcada a auscultar los signos de la muerte.

• • •

También es común que a la respuesta de *ahí vamos*, se agregue una alegría sorda de conservar la vida por el simple hecho de tenerla, no tanto por el de gozarla. Se adiciona al *ahí vamos* un raro complemento circunstancial, que vale la pena que un estudioso profundice:

por dicha. Sí: Ahí vamos por dicha.

Es como decir en una dicha no eufórica pero sí plenamente existencial: estamos, permanecemos, todavía no nos ha llegado la hora de la muerte.

• • •

Expresiones, simples expresiones adquiridas por la costumbre, por el acomodamiento al medio, dentro de nuestra circunstancia de costarricenses, extremadamente pacíficos, tanto que hemos llegado al grado de imperturbables e indiferentes. Expresiones en que escondemos lo íntimo, asimilándonos a nuestro pequeño grupo, reconociéndonos pequeños, limitados, confinados a un egoísmo central, donde cualquier cosa ajena al círculo, desde el mas leve cambio hasta el cambio fundamental de la muerte, asusta y preocupa hondamente.

—¿Qué tal? —Ahí vamos.

Queda el tema libre para que el pensador lo ahonde.



QUÉ LE VAMOS A HACER

*... solo soñaba aquellas aberturas del cuerpo
que existen para esconderse y consumirse
en ellas.*

*Persecución y asesinato
de JeanPaul Marat, de Peter Weis*



Esta frase no es ni admirativa ni interrogativa, porque no se admira una situación determinada, así como tampoco se pregunta qué es lo que se va a hacer. Lo hecho, hecho está, ha tenido un resultado terminante y frente a ese resultado se toma una actitud.

Qué le vamos a hacer es una oración reflexiva y concluyente, se da por terminado un asunto y se encogen los hombros. Ha acabado una acción o ha pasado un suceso y ya no hay nada que hacer, o se cree que no se puede hacer nada. La expresión es absolutamente conformista porque en su base hay plena resignación ante lo sucedido.

• • •

Con el *qué le vamos a hacer*, el hombre acepta el resultado y termina con esa reflexión cualquier hazaña, cualquier propósito, cualquier esperanza, cualquier acción frustrada. No hay nada que hacer, excepto aceptar el hecho y conformarse.

• • •

Vuelve el sujeto expresante a convertirse en colectivo, vuelve a refugiarse en el todos, como si ante la resignación dejara de ser uno para hacerse muchos. Posición idéntica a la que demuestra el decir *mal de muchos consuelo de tontos*. Se corre al laberinto de la abundancia en el momento en que se reparte la desgracia, porque dentro del todos los golpes son menores y el desconsuelo de otros alivia nuestra propia pena.

*Lo que a mí me sucedió no es nada, figúrese que
en la casa vecina los ladrones casi se llevan a los dueños.*

El me robaron es muy sensible, el nos robaron es menos sensitivo. La unión de los sujetos alivia los males, quizás porque buscamos conciencia de solidaridad en el dolor. Eso podría llevar a la conclusión de que en la dicha nos hacemos extremadamente individualistas, y en el pesar procuramos ansiosos el apoyo. Es más, a quien sufre se le aconseja pragmáticamente la compañía de otro que sufre más o ha sufrido los mismos males. La alegría es de alguien porque a alguien le tocó la suerte de tenerla. La tristeza también es de alguien, pero volvemos los ojos rápidamente para ver con quién la podemos compartir.

• • •

Qué le vamos a hacer, parece el comentario más fatalista que se pueda expresar en nuestra lengua. Da la impresión de que después de un encogimiento de hombros, se cruzan los brazos y el sujeto queda inmóvil, sin salida, resignado, esperando otro rumbo, otra oportunidad. Y si siempre se ha de repetir en cadena, si se va a hacer costumbre esa reflexión, nos tendríamos situados realmente dentro del grupo de los muertos en vida.

• • •

El decir no admite excepción alguna porque está poniéndole punto final a la acción. La esperanza, la posibilidad de otra cosa y la lucha han quedado sin campo, fueron evacuadas oportunamente, ya no se pueden mencionar siquiera. Porque antes de concluir con el *qué le vamos a hacer*, existió un proceso en que se valoraron oportunidades, se hicieron solicitudes, se pidió al santo favorito, se acudió

a la influencia de los poderosos. Todo fue inútil y el *qué le vamos a hacer* resume la impotencia y el fracaso de las mediaciones. La única acción que cabe es la de resignarse; es una resignación que no tiene explicaciones, ni siquiera se comprende. Si fuera explicable, el hombre usaría directamente el yo y diría *qué voy a hacer*. La introducción permitiría franqueza en su actitud y con ella verdad, porque solo el que no se miente puede saber lo que va a hacer, aunque esté decidido a no hacer nada, a poner punto final a su acción.

El hombre esconde su verdad y su definición en el nosotros, vuelve a refugiar su no hacer nada en un ente colectivo. En el fondo se está mintiendo porque se está consolando, y el consuelo es tan mentira que por eso mismo no consuela. La resignación no es un remedio, ni un calmante, es el dolor pleno de una pérdida rotunda, el hecho innegable de una derrota. Además, tampoco es comprensible porque el hombre se resigna en un entendimiento común, ante su impotencia pasa a pertenecer al grupo, en una especie de disculpa que no comprende porque no está analizando, está sentimentalmente integrándose a algo más fuerte que su voluntad, el suceso ya cumplido y ante él se desarma con una frase pacífica de conformidad.

• • •

Si el hombre estuviera exclamando *¡qué le vamos a hacer!*, con su exclamación encerraría un grito desesperado que no es resignación ni conformidad, que es una tregua para iniciar alguna acción, para rebelarse contra lo sucedido. Tampoco el hombre está preguntando: *¿Qué le vamos a hacer?*, porque entonces estaría indagando, estaría revolucionando la inercia de su pensamiento, estaría escarbando la posibilidad de una solución. Y, en esta frase, la importancia

más señalada no la tiene solo el gesto resignado, sino el pronombre *le* en que se esconde la fatalidad, el destino, el hecho irreversible. Antes de lo sucedido, el hombre comprende que hay alternativas de espacio, de tiempo, de voluntad, de acción.

También existe la posibilidad de retiro. Ya presente el suceso cumplido, ante la resolución tomada, ante la participación en que se ha juzgado, el hombre no puede cambiar los acontecimientos, ha jugado y en el juego ha habido una selección. El hombre se juzga víctima del azar poderoso. Está frente a dos tipos de resignación: abandonar el objeto de su deseo y desear otra cosa o prepararse para tener más fuerza y apoyo en su anhelo. Estos dos tipos de resignación dan a su vez dos tipos de hombre.

El primer hombre es el hombre negativo, el que disculpa sus actos ante el primer no, el que convierte en fracaso eterno la primera decisión, el que se envuelve en el fatalismo, el que cree en las cosas definitivamente preparadas. El segundo hombre siempre se esconde en la decisión, pero su escondite es provisional, se prepara para la segunda participación y su fuerza de soporte durará tanto como pueda aguantar los resultados de las decisiones a que se someta en su vida. Es un hombre optimista, un hombre libre en la atracción grave del destino, es el que espera en un momento determinado mediar su voluntad, su esfuerzo, su espíritu de lucha. Ese hombre está diciendo *qué le vamos a hacer* ante un instante circunstancial, mientras se recupera y recobra el aliento, como una tregua de vitalidad, está buscando el tiempo necesario para prepararse a la lucha.

¿Cómo descubrimos a través del *qué le vamos a hacer* al hombre optimista y al pesimista, al embargado como sujeto de un destino y al hacedor de sus actos en rebeldía

con la conformidad? Eso depende no tanto de las cadenas de actos, del historial de las actitudes, del apoyo en los pretextos. Depende del tono y del fuego interno de cada hombre, del sentimiento innato que lo consume como fuego, como pasión de actor. El tono es el instrumento fundamental de la expresión y es tan intangible como los colores velados en la composición de una pintura.

En Costa Rica el *qué le vamos a hacer* es una reflexión cotidiana, es casi la oración más corriente y sutil de nuestro lenguaje. Ante el primer obstáculo, ante la primera negación, aún —y lo que es peor— ante la más tibia duda, cae como una terminación de tímidas esperanzas. La conciencia de la fatalidad priva en nuestro medio y se apoya con facilidad en la pereza de un nuevo intento.

El *qué le vamos a hacer* es el epílogo de un pretexto bien fundamentado, el acto final de algo que se intentó y circunstancias adversas estropearon. Más todavía, es el comentario del anhelo frustrado, complacida en su frustración, porque el intento exigía esfuerzos, desvelo, lucha. Entonces cuanto más se adelanta la primera señal de imposibilidad, el hombre queda libre dentro del ritmo de la inercia. La oración es reflexiva relativamente en nuestro ambiente, porque viene a integrarse a lo casi deseado; no ha exigido lucha, no ha planteado discrepancias. Es una reflexión acomodaticia, es una nivelación hacia lo consagrado como normal.

Desde este punto de vista, es también realista, porque el hombre se ha desarrollado conforme a una norma de aspiraciones consideradas y calificadas como reales. El intento fue una especie de sueño, algo que transgredía en cierta forma la realidad ya sentada como base de país pequeño, mediocre, con pocas posibilidades.

El *qué le vamos a hacer* integra a esa realidad, hace olvidar un sueño, una pretensión ajena a lo normal. El costarricense se conforma y se consuela, ha vuelto a su estado original, a su no acostumbrada ambición. Por eso el *qué le vamos a hacer* está muy cerca del *así somos*. Y si se profundiza un poco, se puede llegar a una equivalencia, o sea *qué le vamos a hacer* igual a *así somos*, aun cuando muy cerca está la conclusión deprimente de que puede adelantarse el *así somos*, y el gesto perdido de voluntad del *qué le vamos a hacer* le sigue como conclusión reflexiva de que no vale ningún intento:

Así somos, qué le vamos a hacer.

• • •

Nuestro pueblo sueña poco, o casi no sueña nada. Son escasos los sueños que se realizan, menos aun los que se persiguen con esfuerzo. Se espera que las cosas caigan del cielo o que lleguen con el gesto gracioso de una herencia.

Priva el criterio de las sabias conclusiones del tiempo, el tiempo solo y aislado esculpiendo las condiciones, igual que el viento y el mar sobre las rocas que se oponen a su golpe. Existe también la esperanza de que sean otros los que se empeñen en determinados entusiasmos, porque —y se reconoce sin vergüenza alguna— no tenemos carácter, el pensamiento y el esfuerzo nos asustan, nos cansan sin utilidad alguna. Es mejor dejar las cosas como están, porque *así somos, qué le vamos a hacer*.

Heredamos a otros los problemas, pasamos a las generaciones futuras las inquietudes y nos arrinconamos en el campo inmovible de la burla. Es mejor y más cómodo

burlarse que fijarnos una meta, criticar que actuar, hablar que pensar, copiar algo si resulta bueno que haber tenido el propósito de introducirlo en nuestro medio.

El *qué le vamos a hacer* denuncia un estatismo más firme que el que anunciamos con el *ahí vamos*. El uso del mismo verbo ir, ir tan solo, andar, marchar, dentro de los propósitos singulares de cada vida, refugiados en un plural que es un práctico escondite, revela un ritmo de masas sin ideales, sin sueños, con metas en la culminación de un día tranquilo y esperanzas de otro día igual. Ni siquiera hay reconocimiento de individualidad, de egoísmo, de superación personal. Tampoco hay sensibilidad, conciencia de grupo que tienda a reconciliar propósitos y lograr una mejoría en el panorama de todos.

El vamos demuestra una acción tan poco enfática, que no da una imagen de marcha, no se ve a un grupo determinado de hombres en camino, evidencia nada más que un movimiento lento, casi imperceptivo. Muy distinto sería si se usara el verbo estamos, tanto por su significación ontológica como por la presencia determinativa que encierra en un estado transitivo.

• • •

Apiñados en torno a la ciudad, o a lo lejos con el afán de sus luces, asumiendo nuevas circunstancias, incorporados al esfuerzo convertido pronto en rutina, aceptando en gotas el progreso, deslumbrados por el signo brillante de mayor comodidad, los costarricenses se resisten a cualquier impulso de perfilarse mejor, de cambiar su acomodo frente a la incertidumbre de un ideal. Como consecuencia, cuidan los valores importados con más aprecio que los propios, niegan virtudes a lo nacional conmovidos por cualquier reflexión exterior, consagran lo llamativo y

siguen superficiales las corrientes de modas, aunque éstas impliquen sacrificios a lo poco personal que quede.

Qué le vamos a hacer, es una renuncia implícita a algo propio, expresa el acatamiento a la soberanía caprichosa del momento, indica un agarrarse a la actualidad por el solo hecho de ser actual, sin ninguna tendencia a profundizar y enraizarse en el país.

Alguien podría comentar que esa expresión tiene algo de religiosidad y conviene analizar hasta dónde llega ese sentimiento. Podría pensarse con cierta facilidad que con ese decir, el costarricense, en apariencia religioso, se refugia en la voluntad divina. Entonces la frase se convierte en un acatamiento a las disposiciones de Dios, en una armonía con sus designios. Hay en parte algo de esto. El costarricense cree fervientemente en la existencia de un orden superior, bajo el cual está más o menos organizado el mundo; pero, duda con frecuencia de la estructura en sí de ese orden superior, es más se rebela en el escogimiento de sus santidades predilectas. Acepta también dentro de ellas ciertas tendencias de la moda y de lo eficaz. Prefiere indiscutiblemente el lema de *ver para creer*, que el de *creer para ver*.

El *ver para creer* resulta una consigna de muchas actividades de los costarricenses. Esto se hace palpable en el congestionamiento que se presenta espontáneo ante algún suceso. El costarricense no cree en los relatos, prefiere ver con sus propios ojos. El accidente callejero, el lugar del suceso, el ajetreo del escándalo político consigue espontáneamente miles de ojos presenciales y curiosos. En cambio, ante los espectáculos indirectos, salvo que exijan la presencia como estímulo para la reacción individual, se prefiere el relato de otro, pero más que el relato su comentario, en esta forma el costarricense evita pensar y termina por repetir la crítica,

rara vez se opone a ella. Es por esto que la crítica en este país tiene la vía más fácil de comunicación.

Se dice *yo no lo he visto o leído* (según el caso),
pero parece que no vale, me han dicho...

• • •

El costarricense tiende el oído en busca de unos ojos pres-tados en estos casos y goza con esos comentarios, pues dentro de ellos se libra de cualquier responsabilidad, sin perder el movimiento de lo que está sucediendo.

• • •

Esta inercia que va del campo del pensamiento al de la fe, se presenta como un estímulo muy fértil para la expresión del *qué le vamos a hacer*, que en esa forma —matizando nuestra lengua— configura una ancla leve y pesada que nos permite flotar con cierta comodidad.

Y en materia religiosa el costarricense se mantiene dentro del *ver para creer* como fundamento de su fe. Por eso tiene para él mucho ascendiente el prestigio de las personas religiosas. Si bien hay cierta burla hacia el beato, se reconoce que ese calificativo es una especie de abre puertas. La vida ha enseñado al costarricense a ser práctico y no olvida esa condición de respeto y de señorío. Su localismo, sentimiento más sincero que el nacionalismo, que acaba por ser una pose, lo lleva a preferir los santos locales. A la postre resultan más eficaces y comprensivos. Se puede decir en general que sus ideas religiosas son muy simples y humanas, Dios es un personaje familiar, *el gran tata* de los campesinos o el gran *papá* en el lenguaje de los pachucos. La Santísima Trinidad está revestida de un

concepto familiar, pues es la representación de la familia armoniosa. La organización divina es simple y natural; lo humano está en un sitio secundario, sometido en todo al plano superior.

No hay en el costarricense angustia verdadera de carácter ontológico, ni tampoco duda, menos aun irrespeto. Son conceptos hechos, aceptados supersticiosamente. Es un orden ya dado, al que se acomoda. Esta aceptación básica, firme como tal dentro del tiempo, ha ido limando el sentimiento religioso. Tenemos que el costarricense cree pero no siente, reza pero no actúa conforme a lo que maquinalmente repite. Si sucediera lo que un autor de teatro, muy conocido y valioso en nuestro medio, ha imaginado de que Dios ha muerto, es muy posible que la reacción del costarricense fuera poner una tarjeta en los periódicos, más o menos en los siguientes términos:

Por razones muy personales, se ruega expresar por escrito los sentimientos de condolencia al apartado...

• • •

Nunca ha querido verse molestado por las cosas divinas, ni siquiera con el pensamiento. Dentro de la organización cómoda en que ha enmarcado su vida, las cuestiones religiosas son cosas de iglesias y de curas, ajenas a su circunstancia salvo que se le presente un caso en que la voluntad divina ha externado un gesto.

Ante ese gesto aparece como un resorte la frase *qué le vamos a hacer*, y es como decir Dios así lo ha dispuesto o el santo tal así lo ha decidido, ya nada hay que hacer porque conviene supersticiosa y cómodamente convertirse en eco

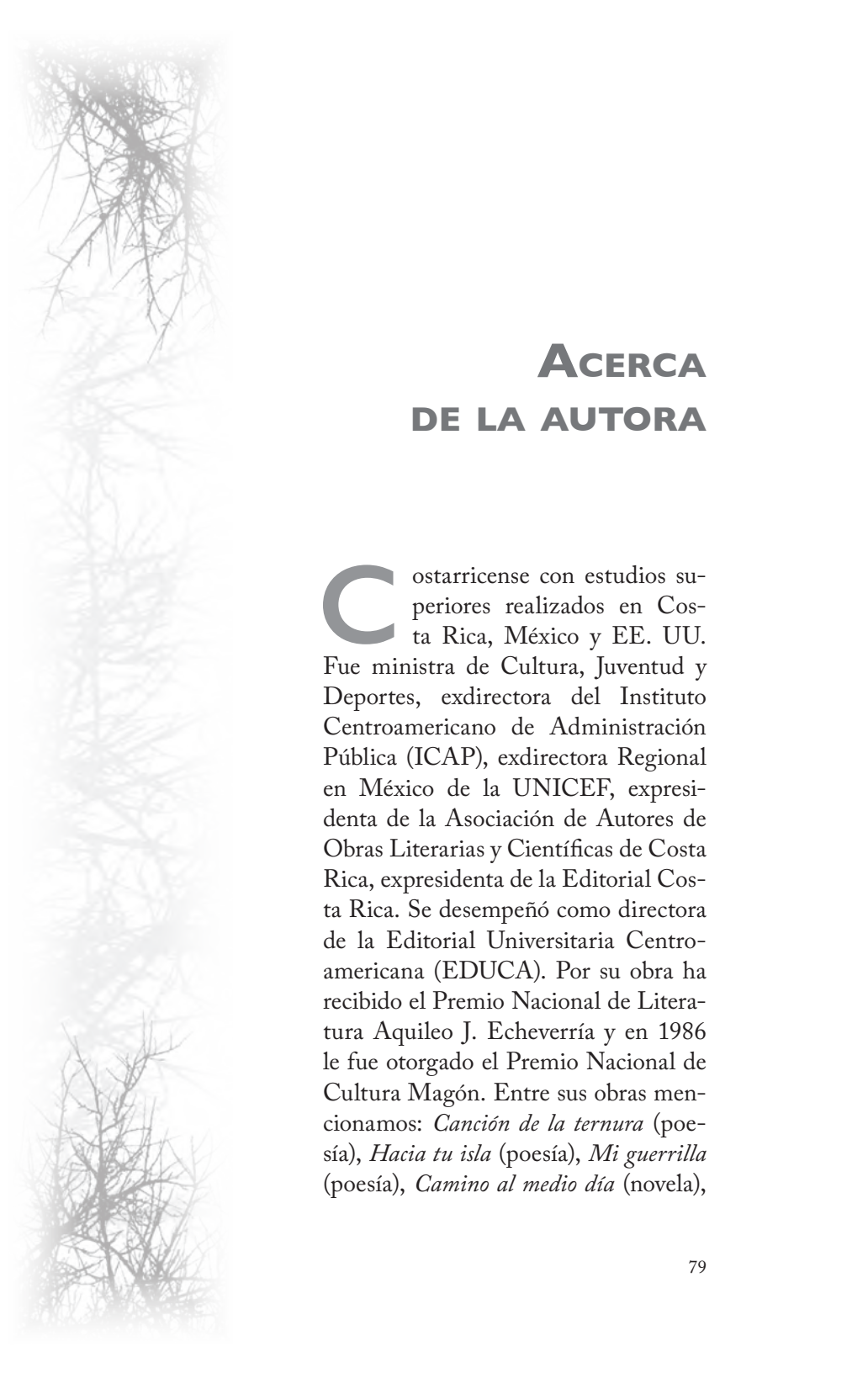
de lo que significa inercia, falta de superación, menor esfuerzo, tendencia acomodaticia. Está el costarricense ante un signo divino, está viendo y por eso conviene creer que hay una expresión de sabiduría.

• • •

El que quiere ver para creer confunde todas las señales, ve espectros donde hay realidades, ve signos divinos donde hay resultados lógicos, ve conformidad donde grita la necesidad de un esfuerzo, ve consuelos y lástimas donde se exige hombría y trabajo.

La falta de preocupación por las cosas de Dios y por Dios mismo, adquiere un lenguaje resignado, consubstancial en una impotencia declarada de antemano, cuyo significado más claro está en el *qué le vamos a hacer*.

Valgan estas reflexiones para el pensador que busca.



ACERCA DE LA AUTORA

Costarricense con estudios superiores realizados en Costa Rica, México y EE. UU. Fue ministra de Cultura, Juventud y Deportes, exdirectora del Instituto Centroamericano de Administración Pública (ICAP), exdirectora Regional en México de la UNICEF, expresidenta de la Asociación de Autores de Obras Literarias y Científicas de Costa Rica, expresidenta de la Editorial Costa Rica. Se desempeñó como directora de la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA). Por su obra ha recibido el Premio Nacional de Literatura Aquileo J. Echeverría y en 1986 le fue otorgado el Premio Nacional de Cultura Magón. Entre sus obras mencionamos: *Canción de la ternura* (poesía), *Hacia tu isla* (poesía), *Mi guerrilla* (poesía), *Camino al medio día* (novela),

Responso para el niño Juan Manuel (novela), *Memorias de un hombre palabra* (novela), *Diario de una multitud* (novela), *Los perros no ladraron* (novela), *Hoy es un largo día* (cuento), *Ondina* (cuento), *Por las páginas de la biblia y los caminos de Israel* (ensayo).

No solo fue una mujer muy destacada en la vida nacional por la labor que ha desarrollado en la función pública y en la cultura, sino, sobre todo, porque, con talento y sensibilidad, nos ha dado novelas, poemas y ensayos que han enriquecido la literatura nacional y nos han deparado una experiencia estética innovadora, construida, con maestría, con la materia prima de la obra literaria, los sueños y las ficciones, la palabra.

Murió el 12 de enero de 2012 en su finca Olo, en Tambor de Alajuela.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Ensayo cuya búsqueda queda anunciada en el título: un ser que reflexione, pensadora o pensador que se adentre en las profundidades semánticas de cinco frases que, debido a su uso demasiado común y cotidiano, han visto anulado todo cuestionamiento acerca de su utilización repetitiva y las implicaciones que cada una de ellas tiene realmente en el ser, en el sentir de la realidad colectiva y en la conformación de la idiosincrasia costarricense: *Ahí vamos, Qué le vamos a hacer, A mí qué me importa, De por sí, Idiay.*

Se trata de una reflexión general sobre cada una de esas frases que se han convertido en actitudes de conformismo y que la autora define en un contexto costarricense, con el fin de hacer un llamado al cambio, a transformar la visión de mundo limitada y localista, al igual que la comodidad individual y conformista; un llamado, en fin, al compromiso de solidaridad y humanismo.

La autora interpela al ser costarricense y lo invita a actuar, a llenar de contenido real la palabra; de modo que, al cobrar verdadera significación, la palabra se revalorice y se convierta en acción, devolviéndole la confianza necesaria para continuar el camino que lo aleje de la mediocridad.

*Carmen Naranjo Coto, una metáfora viviente
Virginia Borloz Soto
Docente-Investigadora
Presidente de la Fundación Carmen Naranjo*